ARRAS

POR

FUERO DE ESPAÑA:

(1371-2).

I.

LA ARRAYA-MIUDA (1).

El toque del Ave María ó de la *oracion* había dado en la torre de la catedral la última campanada, y por las ventanas y puertas de la multitud de casas, que apiñadas al rededor del castillo y como empaquetadas y comprimidas por la apretada cinta de las murallas primitivas de Lisboa, parecían no caber en ellas, veíase fulgurar aquí y allá las luces interiores; en cuanto á las calles tortuosas é inmundas, yacian como barajadas y confundidas bajo el manto de las tinieblas. Habia llegado la hora de los terrores, porque du-

(1) Los plebeyos de Lisboa habian adoptado un mote burlesco que expresaba la insignificancia y pequeñez de su clase. A diferencia de los *fidalgos* ó nobles, la plebe dió en llamarse *arraya-miuda*, que quiere decir tanto como *pez pequeño*. (*N. del T.*)

rante la noche en aquellos buenos tiempos la estrecha senda del bosque desierto, no era más triste, temerosa y espuesta que la misma calle-nueva, la más opulenta y hermosa de la capital. Lo que sin embargo habia allí de desacostumbrado y extraño era el silencio y la oscuridad profunda en que yacia sepultado el palacio, cerca de San Martin, donde entónces residia el rey D. Fernando, al mismo tiempo que por las travesías y encrucijadas sonaba un tropel de pisadas, un susurro de voces confusas que indicaban estar agitadas las olas populares por el viento de Dios, y que todavía aquel mar revuelto no habia enteramente caido en la calma y soñolencia que siguen á la tempestad.

Y así era en efecto, como el lector podrá averiguar por sus propios ojos y oidos, si con reserva y disfrazado, quiere entrar conmigo en la muy afamada y antigua taberna del viejo Folco Taca, que está bien cerca, saliendo de la catedral, en la calle que sube hácia el castillo, siete ú ocho puertas más arriba del concejo.

La taberna de maese Folco Taca, genovés que viniera á Portugal siendo áun niño, como paje del famoso almirante Lanzarote Pezaña, que hacia años habia abandonado el servicio marítimo para dedicarse al comer-

cio, era la más célebre entre todas las de Lisboa, no sólo por el lujo de su ornamento y la bondad de los líquidos encerrados en cubas monumentales que la obstruian, sino porque en un aposento más retirado é interior, un ancho banco de pino y muchos asientos lisos ó escabeles ofrecian toda comodidad á los gariteros de profesion para perder ó ganar allí, en noches de juego arriesgado, los bellos alfonsinos y maravedises de oro, ó las estimadas doblas de D. Pedro I; el cual, al contrario de sus antecesores y sucesores, creia ser más rico y poderoso haciendo acuñar moneda de buena ley y peso, y no quitándola el valor intrínseco y aumentando el nominal, segun costumbre de todos los reyes en el principio de su reinado.

Maese Folco sabía extender gruesas telarañas sobre los ojos del corregidor de la corte y de todos los sayones, esbirros y demas familia de la noble raza de alguaciles, acerca de la ilegalidad de semejante establecimiento industrial. El elixir que empleára para producir está maravillosa ceguera, no sabemos cuál fuese; pero es cierto que no se perdió con la alquimia, porque se ve que existe en manos venturosas, produciendo áun hoy repetidos milagros en todo, análogos á este.

Era, pues, en la taberna-garito de la *Puer-*

ta de hierro, conocida vulgarmente por tal nombre por razon de la vecindad de esta puerta á la antigua muralla, donde los ruidos vagos é inciertos que susurraban por las calles de la ciudad, sonaban más clara y distintamente, como la corriente marítima, remontándose y precipitándose, se quiebra sobre el abismo con lúgubre y retumbante fragor. El vasto salon de la taberna estaba repleto de gente que llegaba hasta la pequeña plazuela de la Catedral, hablando todos á un tiempo, ocupados, á lo que parecia, en violentas disputas que á las veces eran interrumpidas por el más alto clamor de juramentos y blasfemias, indicio evidente de que el suceso que motivaba aquella asonada ó tumulto era negocio que excitaba vivamente la cólera popular.

Ya á fines del siglo XIV era el pueblo, así como hoy, de colérico. Entónces rabietas de la infancia; hoy enojos de la vejez.

Si en la calle el bullicio era tempestuoso y confuso, dentro de la casa de maese Folco la bulla podia llamarse infernal. Hácia uno de los lados, en medio de un ancho corro de plebeyos, oíanse palabras amenazadoras, sin que fuese posible percibir contra cual ó cuales individuos se acumulaba tanta saña. En otro lado, entre el vocear de un apiñado

grupo de mujeres, cuya vida de perdicion se revelaba en sus corpiños de paño de Arrás, en los cintos oscuros, en las camisas y petos sin adornos y lisos, resonaban risotadas discordes y prolongadas, en las cuales se manifestaban profundamente impresos el descaro y la insolencia de aquellas desgraciadas. Encima de las mesas se veian vasos y tazas vacías, y debajo de algunas de ellas cuerpos tirados que parecieran cadáveres si los resuellos y ronquidos que á veces sobresalian á traves del ruido de aquel respetable congreso, no probáran que aquellos honrados ciudadanos, suavemente arrullados por los vapores del vino y del entusiasmo, se habian dormido en la paz de una buena conciencia. En fin, la provista y bien reputada taberna del antiguo compañero de gloria de maese Lanzarote, estaba visiblemente prostituida y nivelada con los más inmundos y viles tabernáculos de Lisboa. El gigante popular habia allí asentado su cohorte feroz, y por primera vez el vicio y la corrupcion habian atravesado aquellos umbrales sin su máscara de modestia y gravedad. Sobre los harapos del pueblo no tienen cabida los adornos de oropel. Hé aquí la única diferencia moral que hay entre él y las clases superiores que se creen mejores porque en la escuela de la ci-

vilizacion aprenden desde la infancia las maneras y los modales de una compostura hipócrita.

El astro que parecia iluminar con su luz, vivificar con su calor aquel turbion de planetas; el centro moral, la rueda en la que giraban todos aquellos espíritus, era un hombre que daba señales de tener cuarenta años cumplidos, alto, delgado, trigueño, ojos hundidos y brillantes, cabello negro y crespo, barba cenicienta y espesa. Apoyado en una de las muchas mesas que adornaban el ancho aposento, y rodeado de una inmensa muchedumbre de plebeyos de ambos sexos que escuchaban con religioso silencio, su voz gruesa y sonora que sobresalia entre el ruido y sólo se confundia por algun juramento salido de enmedio de los otros corros del pueblo ó con los ecos de las risotadas que vibraban en aquel ambiente denso y sofocante parecidas en cierto modo al tempestuoso fulgor que surcase rápidamente las tinieblas húmedas y profundas de la cripta subterránea de alguna iglesia del siglo sexto.

De repente, dos caballeros, cuya jerarquía se conocia por los birretes de terciopelo negro adornados con pluma, con las calzas de seda abolladas, y por los cintos de piel de gamo bordados de plata, entraron en la taberna y atravesando entre el pueblo que las abria el paso, llegaron al pié del hombre alto y moreno. Traian los embozos subidos á la cara de modo que ninguno de los circunstantes pudo conocer quiénes eran. Bastantes deseos de indagarlo pasáran por muchos de aquellos embriagados cerebros; mas la misma reflexion detuvo simultáneamente todas las manos. A lo largo del muslo izquierdo de los embozados veíase relucir la espada, y en el lado derecho y sujeto al cinto que la punta levantada del capote dejaba ver, descansaba el puñal. El pasaporte de venir así pertrechados era digno de consideracion, pues aunque entre la turba se hallasen algunos hombres de armas, principalmente ballesteros, casi todos estaban desarmados. Tenía sus riesgos, sin embargo, presentarse á la *vista* del pueblo.

Los dos desconocidos hablaron en secreto por algunos minutos al hombre alto y delgado, que de cuando en cuando meneaba la cabeza haciendo un gesto de asentimiento; despues rompieron por entre la turba que los examinaba con una especie de recelo mezclado de respeto, y fueron á sentarse en dos de los escabeles colocados á lo largo de la pared. Apoyando los codos en una mesa con las cabezas apretadas entre los puños, quedaron

inmóviles y como ajenos al murmullo que comenzaba á levantarse de nuevo en torno de ellos.

Esto duró breves instantes; un *psch* del hombre alto y delgado hizo volver todos los ojos hácia aquel sitio. Subiendo á un taburete hizo con la mano señal de que queria hablar.

«¡Oid, oid!» gritaron algunos que parecian los jefes de aquella multitud desordenada.

Todos los pescuezos se alargaron á un tiempo, y viéronse muchas manos callosas levantarse encorvadas, formando en torno de las orejas de sus dueños, un anillo acústico. El orador principió:

«¡Arraya-miuda! ¿teneis ya elegido entre vosotros ciudadanos elocuentes y entendidos para exponer vuestras razones y quejas contra este maldito y descomunal casamiento del rey con la mujer de Juan Lorenzo de Acuña?»

«Todos á una entendemos que debeis ser vos, maese Fernan-Vazquez:» respondió un viejo cuya limpia calva relucia á los rayos de una de las lámparas pendientes del techo y que parecia ser hombre de importancia entre los plebeyos. «¿Quién hay en la arraya-miuda más discreto y á propósito para

tales asuntos como vos? ¿Quién con más precisas razones espondria nuestro agravio y la deshonra y vileza del rey que lo que vos ya hicísteis hoy en la reunion que ante el palacio tuvimos esta tarde?»

«¡Levantemos, levantemos por nuestro capitan á Fernan Vazquez!» gritó unánime la chusma.

«Gracias, maese Bartolomé Chambao», replicó Fernan Vazquez, acallado el tumulto. «Por lo dicho hoy tendré en pago la horca si la adúltera llega á ser reina; por lo de mañana tendré las manos mutiladas en vida, si el rey con sus palabras suaves y engañosas sabe apaciguar al pueblo. Y tened por averiguado maese Bartolomé, que el verdugo sabe apretar mejor el nudo de cuerda en la garganta que yo la puntada en peto de vestido ó en costura de coleto, y que el cuchillo del ejecutor entra más fácilmente en la garganta de un cristiano que el vuestro en la aduela (1) de una cuba.»

«*¡Amen dico vobis!*» gritó un cogulla cuyas rojas mejillas y voz estentórea, desdecian del hábito de grosero paño.

---

(1) Así se llama á las tablas que en círculo y sujetas por aros forman las cubas ó pipas. (*N. del T.*)

«¡Hola! Fr. Roy Zambrana habla lenguaje cristiano si quieres guiar tu rumbo por nuestra estéla», gritó un calafate de Alfama que, segun parecia, capitaneaba un gran grupo de pescadores, barqueros y patrones de aquel barrio, entónces casi exclusivamente poblado de semejante gente.

«He querido decir, repuso el fraile, que ninguno como maese Fernan Vazquez es hombre de calma y de saber para hablar mañana al rey convenientemente sobre el hecho del casamiento de Leonor Tellez, del mismo modo que ninguno lleva ventaja al calafate Arias Gil en osadía para huir á las galeras de Castilla y para insultar á los buenos siervos de la iglesia.»

Era alusion personal. Una carcajada ruidosa y prolongada respondió á la picante indirecta de Fr. Roy que bajó los ojos con aire hipócritamente contrito, semejante al gato que despues de arañar va á rozar mansamente la mano que ensangrentó.

Fr. Roy era tambien, como Arias Gil, un ídolo popular, y la mala voluntad que parecia haber entre el lego y el calafate naciera de la emulacion; de una duda cruel sobre la altura relativa del trono de encrucijada, del trono de lodo y harapos en que cada uno de ellos se sentaba.

Si por acaso aquella multitud no estuviese persuadida de la superioridad intelectual de Fernan Vazquez, la opinion de aquellos dos oráculos no habria dejado sobre ello la menor duda. Ademas, en las palabras de ambos habia un pensamiento escondido; pensamiento de ódio que naciera en un dia, y en un dia echára profundas raíces en los corazones de ambos. El marinero y el monje habian pensado al mismo tiempo que lisonjeando al hombre querido de la plebe, sacarian juntamente dos resultados, el de ganar la confianza de éste y el de empujar al terreno de la violencia al nuevo rey de las turbas, levantado hacia pocas horas sobre los broqueles populares.

Mas ¿qué acontecimiento era aquel de que hablaba el pueblo? Sabrémoslo remontándonos un poco más arriba.

El amor ciego del rey D. Fernando por la mujer de Juan Lorenzo de Acuña, doña Leonor Tellez, hacia mucho que era pasto sabroso de la maledicencia del pueblo, de los cálculos políticos y de las maquinaciones de los hidalgos. Ligada por el parentesco con muchos de los principales caballeros de Portugal, doña Leonor, ambiciosa, sagaz y corrompida, habia empleado todas las artes de su ingenio pronto y agudo, en formar entre

la nobleza una parcialidad que la fuese favorable. En cuanto al rey, la pasion violenta en que ardia, la aseguraba á ella el completo dominio en su corazon. Pero las aspiraciones de aquella mujer cuya alma era un abismo de codicia, de desenfreno, de altivez y de osadía, rayaban más alto que á la triste vanagloria de ver á sus piés un rey bueno, generoso y gentil. A traves del amor de D. Fernando, ella sólo veia el lucir de la corona, y el hombre se eclipsaba ante aquel esplendor. El nombre de la reina mezclábase en sus sueños; era el significado de todas sus palabras de ternura, el resúmen de todas sus caricias, la idea primordial de todas sus ideas. Leonor Tellez no amaba al rey, como lo probó el tiempo; mas D. Fernando creia en el amor de ella, y este príncipe, que sería uno de los mejores monarcas portugueses y que bajo muchos aspectos lo fué, dejó en su historia casi siempre insignificante un nombre deshonrado, por hallarse escrito en la horrible crónica de nuestra Lucrecia Borgia. Una dificultad casi insuperable paraotra que no fuese doña Leonor, se interponia entre ella y sus ambiciosos designios. ¡Era casa la! Un proceso de divorcio por parentesco, juzgado por jueces afectos á doña Leonor, ó que sabian hasta donde alcanzaba su venganza,

le libró de este tropiezo. Su marido, Juan Lorenzo de Acuña aterrado huyó á Castilla, y D. Fernando, casado segun se decia, ocultamente con ella, mucho ántes de la época enque comienza esta narracion vió al fin satisfecho su amor insensato.

Aquellos de los nobles que áun conservaban puras las costumbres severas de los antiguos tiempos, indignábanse por el oprobio de la corona y por las consecuencias que debia tener el repudio de la infanta de Castilla cuyo casamiento con el rey, concertado y jurado, fué desecho por éste con la ligereza que se notaba como defecto principal en el carácter de D. Fernando.

Entre los que altamente desaprobaban tales amores, el infante D. Dionisio, el más jóven de los hijos de doña Inés de Castro, y el viejo Diego Lopez y Pacheco eran, segun parece, las cabezas de las parcialidades contrarias á doña Leonor; aquél por la altivez de su ánimo; éste por gratitud á D. Enrique de Castilla en quien hallára amparo y abrigo en el tiempo de sus infortunios, y que le salvára de la triste suerte de Alvaro Gonzalvez Coutinho y de Pedro Coello, sus compañeros en el patriótico crímen de doña Inés.

El casamiento del rey, verdadero ó falso, era un rumor vago, una sospecha. Los nobles

que lo desaprobaban trasmitian al pueblo sus temores, y la agitacion de los ánimos crecia á medida que los amores del rey se hacian más públicos. D. Fernando habia ya revelado á sus consejeros la resolucion que habia tomado, y éstos, aunque hablasen al principio con la libertad que entónces se usaba en los palacios de los reyes, considerando inútiles sus gestiones, limitáronse á condenar con su silencio tan malhadada resolucion. El pueblo, sin embargo, no se contentó con eso.

Conforme á las ideas de aquel tiempo, ademas de las consideraciones políticas, semejante consorcio era monstruoso á los ojos del vulgo, por un sentimiento de religion, el cual áun sería más grave hoy, como lo será en todos los tiempos en que la moral social sea más respetada de lo que era en aquella época. Tal matrimonio era un verdadero adulterio, y los hijos que de él procediesen mal podrian ser considerados como infantes de Portugal, y por consecuencia como llamados á la sucesion de la corona.

La irritacion de los ánimos, avivada por la nobleza, habia llegado á su auge, y la cólera popular reventó violenta en la tarde que precedió á la noche en que comienza esta historia.

Tres mil hombres se habian dirigido tumultuosamente á las puertas del palacio dando apénas tiempo á que se cerrasen. La vocería y el estrépito que hacia aquella multitud desordenada asustó al rey, que por un privado suyo mandó á preguntar *qué querian*, y que para qué estaban de aquella manera reunidos. Entónces el sastre Fernan Vazquez, *capitan y procurador de ellos*, como le llama Fernan Lopez, afeó en términos violentos las intenciones del rey, regalando á doña Leonor los títulos de mala mujer y hechicera, y afirmando que el pueblo nunca habia de consentir en su casamiento adúltero. La arenga ruda y vehemente del sastre orador, acompañada y vitoreada con gritos insolentes y amenazadores del tropel que le seguia, movió al rey á responder con finezas á las injurias y á afirmar que ni doña Leonor era su mujer ni lo sería nunca, prometiendo ir en la mañana siguiente á aclarar entre ellos este asunto al monasterio de Santo Domingo donde los citaba. Con tales promesas poco á poco se aquietó el motin y al anochecer la plaza inmediata á San Martin estaba en completo silencio. Como si en la soledad, el rey quisiese consultar consigo lo que habia de decir á su fiel y buen pueblo de Lisboa, las vidrieras de colores de las ventañas del palacio real que

vertian casi todas las noches el ruido y la luz de los saraos, cerradas desde esta hora y silenciosas como un sepulcro, contrastaban con el lucir de las antorchas, con el estrépito de las calles, con el reir de las mujeres perdidas y de los hombres embriagados, con el pasar contínuo de los grupos y pandillas de gente, que se encontraban, unian, separaban, retrocedian, vacilaban, quedaban inmóviles, aglomerábanse para separarse, separábanse para unirse de nuevo, sin voluntad y sin oposicion, sin motivo y sin objeto, conjunto inerte, movido al acaso como las olas del mar, tempestuoso é irreflexivo como ellas. Feroz en su cólera motivada, ferocísimo en su reir insensato, el vulgo pasaba, rey de un dia. Ese ruido, ese vértigo que le agitaba, era su baile, su fiesta de triunfo; y las estrellas de la serena noche de Agosto, semejantes á lámparas pendientes de inmensa bóveda, alumbraban el sarao popular, las salas de su recreo, la plaza y la callejuela. Aquello era juntamente truhanesco y terrible.

En la taberna de maese Folco, (donde dejamos los personajes principales de esta historia para ingerir tal vez fuera de lugar el prólogo ó introduccion á ella) las aclamaciones frenéticas de los plebeyos habian hecho indudable que el *expositor* para la junta del

dia siguiente debia ser el muy avisado y entendido maese Fernan Lopez. Fr. Roy era de todos los circunstantes el que parecia más afecto á esta eleccion, y el calafate Arias Gil ayudábale poderosamente, con el ruido de los robustos pulmones de los bateleros de Alfama, vitoreando al compás de los remos á su capitan. El sastre no pudo resistir, ni por acaso pensó hacerlo, á tanta popularidad, y en pié sobre la silla, con la cabeza levemente inclinada sobre el pecho, en una postura entre de resignacion y de contento, surcaba por sus labios entreabiertos una sonrisa que revelaba una parte de los misterios de su corazon. En fin, cuando el clamor empezó á serenarse Fernan Lopez irguió la cabeza y con ademan grave dió señal de que queria hablar.

Hízose de nuevo silencio.

«Sea, pues, como querais; dijo el sastre, pero ved el gran riesgo á que me espongo por vosotros. Hablaré al rey con franqueza portuguesa; le espondré vuestro agravio y la deshonra y el feo pecado de su real señoría; mas es necesario que vosotros todos cuantos aquí estais os halleis agrupados al romper el alba, en el pórtico de Santo Domingo. Dicen que la adúltera es mujer de gran corazon y osados pensamientos; en Lisboa están muchos caballeros parientes y parciales suyos.

Ballesteros de esta asamblea, que no se os queden en casa vuestras ballestas y aljabas. Montería de Lisboa, levantad vuestras lanzas. Los cañones é ingenios del castillo, añadió el sastre en voz más baja y titubeando, no os amedrentarán, aunque el rey lo quiera, porque el alcaide mayor Juan Lorenzo Bubal no es de los aficionados á doña Leonor Tellez. Santa María y Santiago sean con vosotros! ¡Hurra, hurra por la arraya-miuda! A descansar, amigos.»

«¡Hurra, hurra!» respondió la turba multa.

«¡Muera la concubina!» gritó Arias Gil con voz de trueno. «¡Muera la concubina!» repitieron los bateleros y las virtuosas matronas de los corpiños de Arrás y los cintos negros, que asistian á aquel cónclave.

«Cuidado, Arias, que San Martin está cerca y dicen que doña Leonor tiene oido delicado;» dijo Fr. Roy al calafate con sonrisa diabólica.

«Mal dolor te consuma, bellaco, dijo el calafate. Cuando quiero que me oigan hablo alto. Hurra por su señoría el buen rey don Fernando, Dios le libre de Castilla y de hechizos.»

El calafate enmendaba el error como podia. Y entre mueras y vivas, entre risas y quejas, entre amenazas vanas é insultos inútiles,

aquella ola de pueblo contenida en la taberna de maese Folco esparcióse por las calles, desembocó por las travesías, encrucijadas y callejuelas, y se filtró por las casuchas y barracas que en aquel tiempo no era raro encontrar junto á la planta de los palacios en la vieja y opulenta Lisboa.

Con los brazos cruzados el sastre contemplaba aquella multitud que disminuia rápidamente, y cuyo murmullo, alejándose era comparable al gemido del viento de la noche en las zarzas de la campiña. Aun tenía los ojos fijos en el portal por donde saliera la masa informe llamada pueblo, y ya nadie quedaba, salvo los dos caballeros que habian permanecido inmóviles en la postura que adoptáran, y Fr. Roy, que se habia tumbado sobre una de las mesas y ya soplaba y roncaba en sueño profundo.

Los dos caballeros se levantaron y descubrieron los rostros; á uno áun no le apuntaba la barba; al otro en la blancura de las melenas, que traia sobre los hombros á usanza de Castilla, y en el rostro surcado de arrugas, se le conocia ser ya bien larga la historia de su peregrinacion en la tierra.

El mancebo miró á Fernan Vazquez que parecia absorto, y luégo al viejo con un gesto de impaciencia. Éste le miró tambien y

se sonrió. Despues el anciano llamó al sastre en voz baja, pero perceptible.

Éste, como si cayese á tierra desde la altura de sus pensamientos, estremecióse, y saltando de la silla en la que áun se hallaba en pié, dirigióse rápidamente hácia los dos caballeros:

«Señor infante, que vuesa merced me perdone y el Sr. Diego Lopez Pacheco. A fe que en medio de este ruido casi me olvidaba de que estabais aquí. ¿Estais desengañados por vuestros ojos de que puedo responder del pueblo, y que mañana no faltará en Santo Domingo?»

«En verdad, respondió el jóven, que tú mandas más en él que mi hermano con ser rey. Verémos si mañana te obedecen como te obedecieron hoy.»

«Eres un gran capitan, añadió Diego Lopez riendo y golpeando el hombro del sastre. Si fueses capaz de regir así en hueste una mesnada de hombres de armas merecerias la alcaldía de un castillo.»

«Que sólo entregaria en alto y en bajo, airado y pagado, de noche ó de dia (1) á aquel

(1) Palabras tomadas de la fórmula feudal, con que en la Edad Media, se rendia pleito homenaje, por los señores de tierras y castillos, que reconocian al monarca.
(*N. del T.*)

que de mí obtuviese pleito y homenaje.»

«Bien dicho, interrumpió el anciano Pacheco en el mismo tono; si te lo negaren no será por no traer bien estudiadas las palabras del pleito, homenaje. Ten la certeza de que has de ir léjos, Fernan Vazquez; muy léjos. Así la tuviera yo de que no me ha de ser preciso coser á punta de puñal la boca de quien osáre decir que el infante D. Dionisio y Diego Lopez Pacheco cruzaron esta noche los umbrales de la taberna del genoves Folco Taca.»

Cuando estas palabras pronunciadas lentamente salieron de los labios del que las proferia, los ronquidos del fraile que dormia fueron más rápidos y trémulos.

«¿Quién es aquel bellaco?» prosiguió Diego Lopez señalando á Fr. Roy con un gesto de desconfianza.

«Es uno de los nuestros, respondió el sastre; uno de los que más han encarnizado á la arraya-miuda contra la hechicera adúltera. En la asonada de esta tarde fué de los que más gritaron frente al palacio del rey. Por este respondo yo. No tendréis, señor Diego Lopez, que coserle la boca con la punta de vuestro puñal.»

«Responde por tí, honrado capitan de la arraya-miuda, replicó el viejo cortesano;

quien me responde de él es su profundo sueño; quien me responderia de él si aquí nos viese es este hierro que traigo al cinto. Ahora á lo que importa. En cuanto mañana el rey se instale en Santo Domingo, una parte de arraya-miuda y de ballesteros ha de acometer el palacio, y desde la plaza ó atravesando por los aposentos interiores, es necesario que una piedra perdida, un tiro de ballesta disparado al azar, una cuchilla blandida en algun corredor oscuro, nos asegure que el rey no puede dejar de atender las súplicas de sus leales vasallos y de los ciudadanos de Lisboa.»

«¡Muerta! exclamó el infante con un gesto de horror. No, no, Diego Lopez; no ensangrenteis el palacio de mi hermano como...»

«Como ensangrenté el palacio de Santa Clara, añadió Pacheco; decidlo francamente, porque ni remordimientos me quedaron. Señor infante, olvidaos de eso, porque yo puedo y valgo como el rey de Castilla. Señor infante, la ambicion tiene que saltar muchas veces por cima de rastros de sangre. ¿Vos pasásteis adelante y no visteis los de la sangre de vuestra madre, ¿por qué temeréis ahora saltar por los de la sangre de Leonor Tellez? Señor infante, quien sube por sendas escarpadas y por despeñaderos tiene la cer-

teza de precipitarse en el abismo si cobardemente retrocede.»

D. Dionisio habíase vuelto pálido como la cera. No respondió nada; pero de los ojos brotáronle dos lágrimas.

Fernan Vazquez escuchó la teoría política del viejo matador de doña Inés de Castro con religiosa atencion. Y resolvió allá para sus adentros no dejarse caer en el abismo.

«Hacerse ha como decís, dijo hablando con Diego Lopez; pero si los hombres de armas y ballesteros de Juan Lorenzo Buval bajaran del castillo.....»

«¿No te dije hace poco que Juan Lorenzo permaneceria quieto en medio de la revuelta? Puedes estar seguro de que no te lo dije para que animases al pueblo; es la realidad. Ahora trata de disponer las cosas para que no sea un dia inútil el dia de mañana. Tomando entónces de la mano al infante el feroz Pacheco salió de la taberna y tomó con él el camino del castillo. Fernan Vazquez permaneció un momento pensativo; despues bajó hácia la Puerta de Hierro repitiendo en voz baja: «No me precipitaré en el abismo.»

Pasados algunos instantes de silencio, fray Roy se levantó sacudiendo la cabeza, se sentó en la mesa y púsose á escuchar: luégo saltó al suelo apagó la lámpara que ardia en medio

de la casa abandonada por Folco Taca despues que el pueblo tumultuariamente la inundára, llegó á la puerta, escuchó de nuevo algunos momentos, y poco á poco se dirigió á la torre de la catedral del lado del Norte, y como un fantasma desapareció cosido con la negra y alta muralla de la catedral.

II.

EL COGULLA.

Quien hoy pasa por la cárcel de la ciudad de Lisboa, edificio inmundo, miserable, insaluble, que por sí sólo bastára á servir de castigo á grandes crímenes, áun ve en la extremidad de ella unas ruinas, unos escombros amontonados, que separa de la calle una pared de poca altura, en la que se abre una ventana gótica. Esta pared y esta ventana son todo lo que resta del antiguo palacio de cerca de San Martin, iglesia que tambien desapareció sin dejar siquiera por memoria un lienzo de muro, una ogiva de otro tiempo. El Limonero es uno de los monumentos de Lisboa sobre el que corren más tradiciones de remotas épocas. Ninguno de los palacios de nuestros reyes de la primera y segunda dinastía, fué más veces habitado por ellos. Conocido sucesivamente por los nombres de *Palacio del Rey*, *Palacio de los Infantes*, *Pa-*